

ra le ocupan continuamente todo el campo de su conciencia. Es muy productivo para algunos el que la masa no piense por su cuenta. El hombre *standard* vive como drogado, su problemática queda absorbida por el momento presente, cada vez más novedoso, cuyo contenido le viene dado por ese mundo *técnico* que proporciona todos los valores ya previamente jerarquizados.

5 Al hombre civilizado ya no le hace falta creer en Dios ni sujetarse a sus leyes morales o su revelación. Le basta con creer en los ídolos modernos de la técnica y de la política. Si todavía conserva algunas prácticas religiosas, éstas no pasan de ser unas costumbres ornamentales que no afectan la existencia real. Si se hace una "declaración de principios" éticos y religiosos, en muchos casos se construye una fachada con fines utilitarios, pero la vida se vive al margen de todo valor trascendental.

6 Al hombre civilizado de occidente no le interesa la religión. Presiente que ésta morirá de muerte natural cuando las necesidades humanas estén plenamente satisfechas por los nuevos demiurgos. Por lo tanto, la tolera. Al hombre civilizado de oriente (de inspiración marxista) sí le preocupa la religión, pues la considera como el opio del pueblo y el enemigo más fuerte del progreso científico. Por lo tanto, hay que perseguirla.

Actitud de la Iglesia ante el ateísmo moderno

La Iglesia busca con solicitud maternal acercarse al hombre moderno para comprenderlo en su situación existencial. Ella, "fiel a Dios y a los hombres, no puede menos de reprobar con dolor, pero con firmeza, como ya otras veces las ha reprobado, estas funestas doctrinas y estas tácticas que contradicen a la razón y a la experiencia humana universal y rebajan al hombre de su grandeza original" (Vaticano II, *Gaudium et Spes*, N° 21).

Junto con esta reprobación tajante, la Iglesia se esfuerza por descubrir todos los valores positivos de la moderna civilización e iluminar con su luz segura el camino que debe seguir el hombre moderno. Nosotros no podemos menos de recomendar la lectura atenta de esta doctrina que, en medio de un mundo tan convulsionado y confuso, es capaz de despertar la verdadera "alegría y esperanza" —*gaudium et spes*— que el hombre necesita.

LOS LAICOS EN LA LITURGIA

Pbro. Juan María Parent

Cuando se habla de los laicos en la liturgia se suele utilizar la palabra "participación". Este vocablo es peligroso por dar una visión inadecuada para quienes no han reflexionado sobre su significación. Da a entender que el laico toma de la vida litúrgica una parte no más. Nuestra pastoral, tanto en torno a la reforma litúrgica como en relación a los otros aspectos de la vida de la Iglesia, fallará siempre mientras no veamos con claridad que el laico no es parte de la Iglesia, sino que es la Iglesia con los clérigos.

El laico en la liturgia actúa plenamente. Su acción es diferente de la del ministro: presbítero o diácono, pero es una acción igualmente plena. Todos juntos realizan la celebración, pero de un modo jerarquizado y orgánico.

El Papa Benédicto XV hablaba más de "co-obla-ción". Expresión que para la misa es muy adecuada y la que debería prevalecer si no fuera demasiado esotérica.

Sacerdotes y fieles somos un pueblo

Toda la catequesis y la pastoral de la "participación" de los laicos en la liturgia arranca de la noción teológica de "pueblo de Dios".

La historia de la salvación toma su punto de partida en la alianza sellada por Yavé en el monte Sinaí. Es la constitución de la asamblea judaica (Ex. 19, 5). Básicamente, toda la acción cultural del pueblo escogido ha sido la reactualización de esta primera reunión del pueblo. En efecto, esta congregación original debía ser un momento clave para toda la historia del pueblo. Se constituyeron como pueblo, de fugitivos que eran.

Este pueblo es llamado santo en muchas oportunidades por su misma función. Este pueblo, que es esencialmente religioso, actúa religiosamente. Cada gesto suyo, en cuanto es "pueblo", es cultural. De allí su santidad, que no proviene de su perfección moral, sino de su contacto con el Santo (Is. 61, 1).

El pueblo que deberá seguir la pista trazada por Israel, la Iglesia, que no se limitará a una raza, tiene la misma función. Los primitivos cristianos se llamaban "santos", como lo podemos leer en las cartas de Pablo, así como en el Apocalipsis (1, 6). De nuevo, esta santidad no debe confundirse con cierta ascesis o segregación, sino que es la función la que hace la santidad.

En los documentos que hoy hablan de esta realidad se cita habitualmente el texto de San Pedro (1 Ped. 2, 5, 9). Repite lo que decía el autor del Exodo y lo aplica a los cristianos: reino de sacerdotes, linaje real..., para anunciar las grandezas de Dios.

El anuncio de las grandezas de Dios es precisamente la liturgia. Noción completamente olvidada o desconocida por la mayoría. ¿Qué mejor anuncio que la misma reactualización? Y la liturgia no es otra cosa. En el altar o en la celebración de cualquier sacramento, así como en la salmodia del oficio divino, reactualizamos, volvemos a hacer presente los acontecimientos de nuestra salvación, esencialmente la muerte y resurrección del Señor.

Un sacerdocio común

La expresión asusta a muchos, especialmente entre los sacerdotes de nombre. Parece que tienen la impresión de perder algo de lo suyo cuando se recuerda esta realidad olvidada, no siempre de buena fe.

La palabra sacerdote, sacerdocio, no se encuentra en el Nuevo Testamento en el sentido que damos hoy a estas palabras. Tiene dos significados: o se trata de Cristo, que es, como lo sabemos perfectamente bien, el único sacerdote, o es el pueblo. Hoy, este pueblo se ha llamado Cuerpo Místico. Pío XII recuerda: "desde aquel momento (muerte en la cruz) la Iglesia está llena de la Unción del Espíritu Santo que la hace participar del sacerdocio de su jefe" (Mystici Corporis).

Y la Constitución sobre la Iglesia dice en el N° 10 que el bautismo y la confirmación crean este sacerdocio en todos los fieles. En este sentido no se puede hablar de diferencia de grado; los presbíteros son primeramente bautizados y confirmados.

"Ya que mediante la incorporación a Cristo los fieles son sacerdotes (ver San Agustín), su sacerdocio espiritual ¿acaso no se identifica con la gracia santificante? Con esta perspectiva nuestro sacerdocio no añadiría nada efectivamente a nuestro título de hijos de Dios o a la realidad de nuestra vida divina" (Y. Congar, "Jalons pour une théologie du laicat", p. 182).

Si esta posición parece muy adelantada reconozcamos que la reforma de la liturgia nos indica la misma realidad. Un detalle: el celebrante en la misa escucha la Palabra de Dios como todos los fieles. San Cipriano dice: "Cuando todos juntos con los hermanos nos reunimos para celebrar el sacrificio de Dios sacerdote" (De oratione dominica, PL 4, 538); San Juan Crisóstomo: "los laicos forman el pleroma sacerdotal del obispo..." (citado por Y. Congar, *ibidem*).

Hay diferencia de funciones

Las tendencias clericales habían insistido mucho sobre lo que separa dentro de este sacerdocio común. Uno de los puntos claves del cambio de mentalidad del cual se ha hablado será el acostumbrarnos a ver lo que une a todos en este único sacerdocio.

De en medio del pueblo, Dios escoge a algunos que puedan servir a este pueblo. Las estructuras actuales no permiten ver con mucha claridad esta elección de Dios y es necesario utilizar muchos recursos psicológicos para poder explicar la "vocación". En efecto, hoy día, uno mismo entra en el seminario. En parte esta desviación provino de la multiplicación de órdenes religiosas de sacerdotes que han creado esta confusión entre clero secular y clero religioso. El joven entra hoy en el seminario casi como quien entra en una congregación religiosa.

Acordémonos solamente del caso de San Agustín, aclamado por el pueblo para ser su pastor. Y la regla de San Benito prevé que: "según la necesidad de la comunidad", el Abad escogerá al que será sacerdote para el servicio de sus hermanos.

Del mismo modo, según la necesidad de la comunidad de fe, el Obispo elige a los hombres que puedan servir esta misma comunidad de la que han salido.

Este servicio consiste en predicar el evangelio, apacentar (vida común y caridad) y celebrar el culto. Así habla, y en este orden, la Constitución sobre la Iglesia (Nº 18).

Y San Agustín dice: "Para vosotros soy obispo, con vosotros soy el cristiano" (Sermón 340, citado por la Const. Nº 32).

* * *

Después de haber considerado estas nociones de base podemos aventurarnos en el papel de los laicos en la celebración litúrgica. Recordemos, sin embargo, la definición de sacrificio para poder aplicarnos a una reflexión práctica sobre la Santa Misa. Es la "voluntad de llevar todo lo que se es y lo que se tiene al Creador de todas las cosas" (Y. Congar, "La Maison Dieu", 27, 1951, p. 56).

El sacrificio se puede considerar también bajo dos aspectos. Por una parte, la ofrenda sacramental del sacrificio de Cristo, que comprende el nuestro, y por otra parte, la ofrenda tan real como la primera del sacrificio de sí mismo, que es el sacerdocio de santidad personal.

En el primer caso, la ofrenda se hace mediante un poder activo para celebrar o consagrar: es el sacerdocio sacramental ministerial y jerárquico de que gozan los Obispos y en participación los "presbíteros" (llamados sacerdotes). Esta misma ofrenda se hace también mediante un poder activo para participar. Notemos que este segundo poder es también sacramental. Es el sacerdocio de los fieles del que gozan todos los bautizados confirmados. Es un sacerdocio verdadero, no metafórico, y puede llamarse espiritual o místico en oposición a jerárquico (Y. Congar, "Jalons", p. 248).

Mientras no se tenga clara en la mente esta noción del sacerdocio y del sacrificio, no entenderemos nunca la participación de los fieles y los motivos superficiales que hemos dado tantas veces, especialmente desde el "7 de marzo", no convencerán a nadie y los fieles volverán atrás y las celebraciones tornarán otra vez a su forma individualista.

Las funciones en la Santa Misa

El pueblo de los fieles, no especializados en cargo alguno de la celebración, son considerados generalmente como el elemento último. Cuando se quiere hacer participar a los fieles se busca al lector, al comentarista o al acólito y olvidamos que esto no es lo primero, sin contar que tropezamos inmediatamente con la dificultad de que las mujeres no pueden llenar estos papeles y que, por consiguiente, se sienten defraudadas.

No es una masa. El pueblo es una comunidad de personas que se han reunido, convocadas por Dios, para realizar una función sagrada que le es propia. Todo se hará para asegurar que este pueblo esté presente de una manera consciente y comunitaria (no masiva e indiferente). Su obra es la muy importante ofrenda de Cristo a su Padre.

"Los fieles contribuyen por su fe y su oración a la celebración efectiva y eficaz de la acción litúrgica, porque ésta no es obra de los sacerdotes, sino de la Iglesia entera" (Y. Congar, "Jalons", ibidem).

Esta acción suya consistirá esencialmente en una atención despierta. Primeramente a la Palabra, que es comunicación de la revelación de Dios y reactualización de la historia de nuestra salvación. La actitud propia será el silencio interrumpido por aclamaciones y cantos.

El silencio, considerado habitualmente como la última forma de participación y que muchos han destruido o por lo menos estropeado. El silencio activo es ciertamente una de las formas más personales de estar presentes a otra persona. No es un silencio vacío, distraído, sino que es una tensión hacia una persona que habla. Se debe hacer toda una educación para saber escuchar. Muy pocas personas escuchan verdaderamente, aun en la conversación privada. El orgullo personal y el egoísmo se manifiestan en estos diálogos de sordos. Nuestra sociedad sufre enormemente de este gran defecto. Por eso nuestras celebraciones no tienen la altura que deberían tener, y la renovación ha parecido a algunos un retroceder o un nivelar por abajo. Revalorizando el silencio mediante la catequesis y fuera de las celebraciones las moniciones adecuadas en la misma celebración, impulsaremos una reforma de calidad.

La aclamación es también una forma excelente de participar. Descuidada muchas veces por la timidez del hombre en sociedad, es, sin embargo, una expresión muy popular (no en sentido vulgar) de la fe y de la aceptación. Son muchas en la Santa Misa y no utilizadas como tal.

Al fin, el canto. No podemos en los límites de este artículo desarrollar los motivos por los cuales se canta en la liturgia. Merece un estudio aparte. Digamos solamente que es la forma normal de expresarse plenamente. La persona que no canta nunca, sufre a la larga de una represión psicológica grave. En la oración, el que no canta se vuelve individualista e incommunicable, y a fin de cuentas inhumano, se abstrae poco a poco de la comunidad.

El pueblo participa luego en la acción de gracias

Su oración se expresará también y primeramente en el silencio, en las aclamaciones (prefacio...), en el

canto de alabanza (Santo) y el Amén de conclusión, que es una de las formas más perfectas de participación. Pío XII, en la *Mediator Dei*, dice que el segundo modo de unirse al sacrificio es ratificar la ofrenda de Cristo y hacerla suya.

Al fin, y es la participación más importante al conjunto de la celebración: la comunión. Esta unión con el Señor es la fuente de donde manan todas las otras formas de participación. A quien no comulga, inútil pedirle que ore en voz alta, y mucho menos que cante: es incapaz de entender el sacrificio. Es uno de los motivos por los cuales conseguimos tan poca actividad en nuestras celebraciones: no hay participación verdadera.

En general, el pueblo expresará claramente su atención a través de actitudes y de movimientos. Valdría la pena analizar también estas formas de estar presentes, que, por cierto, no son propias del culto, sino de toda vida social.

* * *

Para lograr esta co-oblación, esta atención, esta presencia consciente, algunos se especializan en el servicio del pueblo. La insistencia de la Constitución sobre Liturgia (Nº 28), para que todos hagan lo que les corresponde, viene a corroborar esta tesis.

Los dos primeros que nombramos no los cumplen los laicos, pero no por esto están fuera de nuestra reflexión.

La primera es la de "presidente". Es el allegador, el misionero. Distingamos inmediatamente el presidente que podría ser sacado de la comunidad, y no aportaría más que orden y dignidad, del jefe que comunica algo en el orden de la vida, aquel que hace algo CON los hombres y los guía para que ellos hagan algo con él (*Y. Congar, "Jalons", p. 274*).

Para no caer en afirmaciones desequilibradas y hasta heréticas, no olvidemos decir que el presidente tiene un doble papel: no sólo está para conducir al pueblo, sino que personalmente realiza una acción propia. El actúa "in persona Christi", reactualizando o, mejor dicho, prestándose para la reactualización del misterio de Cristo. Luego actúa en nombre de la asamblea cuando conduce la oración del pueblo. Para ello debe respetar el ritmo psicológico (la evolución de su pueblo) y material (la misma celebración) de su comunidad. Conducirá también a los fieles en su modo de ser, el lugar que ocupa la voz, la actitud, la vestidura, etc. (*Santo Tomás, III, q. 82, a. 6*).

En pastoral podríamos proponer que el sacerdote, cuando no preside la asamblea, esté en medio del pueblo para orar y cantar con él, jugando activa y concretamente el papel de fermento (*Michonneau, Conferencia en un Congreso de pastoral*).

Contamos también con el diácono. Su función es ayudar al presidente, invitar a los fieles para que tomen actitudes propias, y dirigir la "oración de fieles". Proclamará el evangelio.

Digamos también que presbítero-presidente y diácono tienen una función fuera de la misma celebración, pero relacionada con ella, a saber, la evangelización y la catequesis. Es la convocación que Dios hace a través

de ellos para realizar el misterio de la salvación. Este es el verdadero papel del diácono. No necesitamos diáconos que den la comunión y bauticen si no son misioneros.

Después de estos dos miembros activos por excelencia en la asamblea, debemos considerar a los otros servidores del pueblo. Son muy conocidos ya. Basta con recordar su papel: el lector que proclama la Palabra y por eso deberá tener buena formación bíblica y técnica para cumplir a cabalidad su tarea. El comentarista, mal considerado por muchos porque está mal orientado: tiene una función delicada, pero clave en todos los ritos; él impulsará suavemente el ritmo interior de la asamblea (fieles y celebrante). Los acólitos, que pueden ser niños o adultos, pero siempre adecuadamente preparados; su función es agilizar la celebración y no estorbarla. Los cantores, cuya responsabilidad es tan importante que la debemos tratar aparte. En fin, los porteros u ostiarios que agrupen a los fieles en el templo, indicarán la fiesta del día, los cantos..., harán todo cuanto sea necesario para que la asamblea sea un signo auténtico gracias a su armonía, su actividad y su sentido de la comunidad.

* * *

Concluamos recordando que la pastoral no es la liturgia, ni tampoco la liturgia es pastoral. Tentación grande es para muchos el creer que cuando un laico tiene algún entusiasmo hay que darle una función en el templo. Equivocación grave: solamente algunos pocos podrán ponerse al servicio del culto, pero todos deberán ponerse al servicio de la evangelización. Como sacerdotes que son los laicos deben consagrar el mundo. "Instaurarlo todo en el Señor", allí donde se encuentren: ambiente de trabajo, diversión, política, arte.

Pero no olvidemos que la reforma exige que las celebraciones ya no sean del sólo presbítero. Como antaño supimos conseguir al acólito indispensable para nuestras misas solitarias, hoy sabremos encontrar a todo este personal que nos acompañará para la perfección del culto y la mayor alabanza rendida a Dios en la comunidad.

Introducción al Decreto sobre Liturgia

1. Este Sacrosanto Concilio se propone acrecentar de día en día entre los fieles la vida cristiana, adaptar mejor a las necesidades de nuestro tiempo las instituciones que están sujetadas a cambio, promover todo aquello que pueda contribuir a la unión de cuantos creen en Jesucristo y fortalecer lo que sirve para invitar a todos los hombres al seno de la Iglesia. Por eso cree que le corresponde de un modo particular proveer a la reforma y al fomento de la liturgia.

2. En efecto, la liturgia, por cuyo medio "se ejerce la obra de nuestra Redención", sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia. Es característico de la Iglesia ser a la vez humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina; y todo esto de suerte que en ella lo humano esté ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos. Por eso, al edificar día a día a los que están dentro para ser templo santo en el Señor y morada de Dios en el Espíritu, hasta llegar a la medida de la plenitud de la edad de Cristo, la Liturgia robustece también admirablemente sus fuerzas para predicar a Cristo y presenta así la Iglesia, a los que están fuera, como signo levantado en medio de las naciones para que debajo de él se congreguen en la unidad de los hijos de Dios que están dispersos, hasta que haya un solo rebaño y un solo pastor.